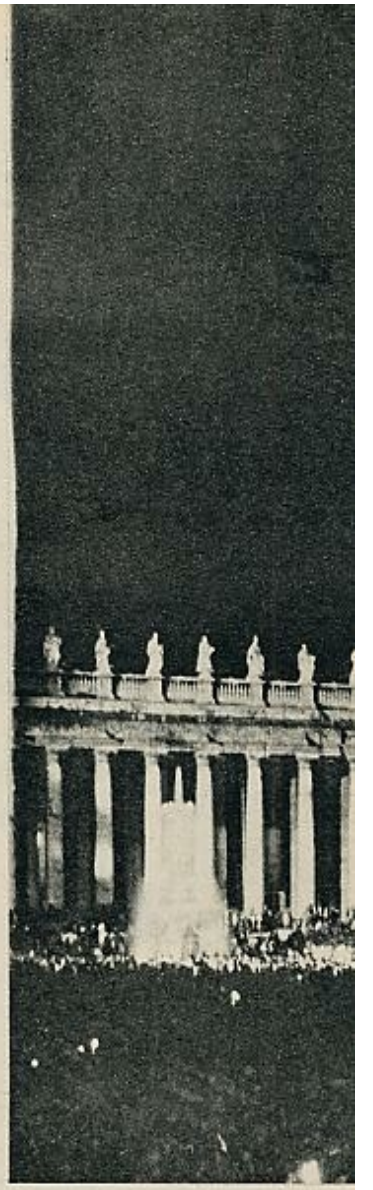
DOCUMENTO

LA CRISIS DE LA IGLESIA

¿DECADENCIA O RENACIMIENTO? ¿HACIA UN VATICANO III?

por Henri Fesquet



Ha sido una constante de TRIUNFO la de servir al lector documentos que, por su especial aportación de datos, por el interés de unos determinados puntos de vista, constituyen piezas necesarias para entender los problemas de nuestro tiempo. En esta línea iniciamos la publicación de unos trabajos titulados "La crisis de la Iglesia". El de esta semana lo firma Henri Fesquet, comentarista de asuntos religiosos de "Le Monde", uno de los mejores conocedores de los problemas conciliares (siguió día a día todas las sesiones del Concilio), y de cuyos escritos ha dicho monseñor Helder Cámara que "pueden provocar, inicialmente, cierta sensación de malestar, pero fácilmente se descubre detrás de cada frase un auténtico interés por la Iglesia, percibiéndose durante toda la lectura el latido de un corazón verdaderamente cristiano". A su profundo conocimiento de los problemas de la Iglesia une la eficacia de un periodismo cautivador. El arzobispo de Ruán escribía a este propósito: "A menudo se oye decir, como homenaje tributado a la personalidad del autor: Esto es de Fesquet". En España es conocido por su "Diario del Concilio" (Nova Terra, 1967) *y artículos publicados en la prensa madrileña.*

«CAOS religioso, revuelo universal que la Iglesia jamás había conocido». Así se expresa el abate Luc-J. Lefèbvre, de la diócesis de París, en un artículo de la revista «La Pensée catholique». Hablar de crisis en la Iglesia romana es poco. Nadie piensa ya, hoy en día, en reprochar a los periodistas que exageran la amplitud de aquélla. Las tensiones institucionales de la Iglesia católica saltan a los ojos. Los términos que se repiten más a menudo para calificarlas son: desconcierto, «débâcle», disgregación. Y los efectos que producen: miedo, angustia, pánico, desesperanza. Hay pocos discursos del Papa en los que no se repitan las palabras «dolor», «tristeza», «inquietud», «ansiedad»... A decir verdad, en los medios eclesiásticos se olvida fácilmente otro sentimiento ampliamente extendido entre las masas: la indiferencia...

Y sin embargo —señalemos de paso la paradoja—, basta que un Papa contemporáneo se declare enemigo de la contracepción para que, durante semanas y meses, haya una avalancha de artículos, de libros, de coloquios, de declaraciones inflamadas, a favor o en contra de una encíclica que, en otra época y referida a otros temas, hubiera pasado más o menos inadvertida.

Al observador imparcial le resulta difícil ignorar las consecuencias de la mutación actual de la civilización sobre la religión, porque el presente trastocamiento de los valores —sea para bien o para mal— halla en el hecho religioso un terreno de elección y, por así decirlo, un microcosmos privilegiado. La Iglesia romana, que ocupa dentro del cristianismo una posición básica y cuyas estructuras son las más firmes, vive lo que vive el mundo. No hay un solo sector, esencial o marginal, que escape a la revisión. La crisis es de orden doctrinal (es decir, filosófica y teológica al mismo tiempo), espiritual, psicológica, pastoral, sacerdotal, litúrgica, disciplinaria. Afecta a todos, desde el Papa hasta el último de los fieles. A aquél, porque se impugna su autoridad o su competencia; a éste, porque le están «cambiando su religión», según la expresión de algunos, y a menudo se halla desconcertado.

El cardenal Suenens, primado de Bélgica y uno de los pilares del Vaticano II, afirmaba hace algún tiempo en Lovaina, y no sin razón, que «los obispos habían perdido en cierto modo en el Concilio su carnet de identidad». Y muchísimos simples sacerdotes están todavía más perdidos. Muchos se descubren una vocación frustrada de laico, con todas las consecuencias afectivas y profesionales que supone una cosa así. Y, por último, muchos laicos, pasivos de ordinario, se convierten también en impugnadores y multiplican sus quejas. «La Iglesia sois vosotros», se les ha venido diciendo durante una decena de años. Y han tomado a los teólogos al pie de la letra...

UNA SERIE DE DEFECCIONES

En las propias filas de los teólogos hay que registrar defecciones resonantes. La de Charles Davis ha traumatizado a los católicos ingleses. No porque haya abandonado el sacerdocio para casarse —como tantos otros clérigos—, sino porque a sus cuarenta y tres años ha perdido la fe en esta Iglesia. «La Iglesia —ha declarado— constituye un obstáculo. En ella, la fuente de la autoridad se ejerce en detrimento de la verdad. Yo no creo que la reivindicación de la Iglesia a favor de su aspecto institucional tenga una verdadera base bíblica o histórica. La Iglesia está constantemente aplastando o lesionando a las personas».

Los expertos que se interrogan sobre la significación del sacerdocio, del ministerio, de los sacramentos, no distinguen ya muy bien las fronteras que separaban antes claramente a católicos y protestantes. La edad de la Contrarreforma —se ha dicho— se ha cerrado con el Concilio. Sin duda, esto es verdad, pero la de la «neo-Reforma» que ahora comienza se halla en estado de esbozo. Las oposiciones doctrinales no se sitúan ya hoy entre las Iglesias, sino en el interior de las confesiones, lo que lleva consigo cierta confusión. Al descubrir bruscamente otras formas de cristianismo diferentes a la suya, los católicos que se interesan por el ecumenismo no saben ya distinguir muy bien las razones de los grandes cismas de antaño.

Seminarios, conventos, casas de formación religiosa se vacían progresivamente o bien entran en conflicto abierto con la autoridad. Tal es el caso, entre otros, del monasterio de Cuernavaca (México), del filosofado franciscano de Verona (Italia), de un convento de religiosas de la Providencia en La Pommeraye d'Anjou

(Francia), que se ha deshecho (la mayor parte de las monjas se han trasladado a París para proseguir a su modo su vocación de servir a Dios en el mundo), de las Hermanas del Corazón Inmaculado de María, en Los Angeles (USA), que no aceptan las consignas del obispo-cardenal a propósito del «aggiornamento» de su congregación, etcétera. En Lisboa, recientemente, el rector del seminario ha dimitido, junto con cinco profesores. Las vocaciones tienden a agotarse, particularmente en las órdenes misioneras. En Washington, más de ciento cuarenta sacerdotes se enfrentan a su cardenal a propósito de la regulación de nacimientos; algunos fieles se salen de la misa durante la lectura de una pastoral de dicho prelado en la que se anuncian sanciones contra sacerdotes refractarios. Desde primeros de enero de 1968, 463 sacerdotes norteamericanos se apartaron de su ministerio. En Holanda (siete diócesis en total hay en este pequeño país), otros 145 abandonaron las órdenes en 1967, frente a 60 en 1966. En España, en 1967, la disminución de las entradas en los seminarios es de un millar, comparadas con 1961. En Chile (Santiago) y en Italia (Parma), sacerdotes y laicos ocupan la catedral para reclamar que la Iglesia rompa con las viejas estructuras o para denunciar «la alienación religiosa» de la que suponen que la jerarquía es su instrumento.

Como se sabe, la publicación de la encíclica «Humanae Vitae» ha suscitado en muchos países una reacción bastante extraordinaria. Episcopados enteros (Bélgica, Alemania) explican a sus fieles que, en ciertas circunstancias, tienen el deber de no obedecer al Papa. Algunas semanas antes, el célebre teólogo Hans Küng había insistido sobre este aspecto poco conocido de la doctrina católica (la primacía de la conciencia sobre la disciplina).

El director de la revista «Itineraires» dedica un folleto a monseñor P. J. Schmitt, obispo de Metz, hombre de confianza de la conferencia episcopal de Francia (a la que ha insuflado, este año pasado, la animación **doctrinal**), acusándole de identificarse con «la herejía del siglo», concerniente a los lazos entre la Iglesia y el mundo.

La crisis de autoridad alcanza tal grado que el propio Pablo VI se lamenta públicamente de las actuaciones de ciertas conferencias episcopales en materia de liturgia. La pescadilla se muerde la cola. El Papa, impugnado, impugna a su vez la autoridad colectiva de los miembros del colegio episcopal. «Roma ha hablado; la causa está fallada»... Jamás había parecido tan inexacto el viejo adagio. Por el contrario, basta con que el Papa o su gobierno tomen una decisión para que surjan los «non possumus».

Es cierto que a esta serie de testimonios se puede contraponer el hecho de que la mayor parte de los creyentes continúan respetando a la autoridad. Pero conviene añadir rápidamente dos restricciones de importancia: 1) el ejemplo de la impugnación procede muy a menudo de bastante arriba (obispos, teólogos, expertos, laicos renombrados); 2) los que se agitan no son cristianos mediocres, sino con mucha frecuencia aquellos que están más comprometidos en su fe y en su existencia de militantes, aquellos que forman el ala caminante de la Iglesia. Hay que concluir, forzosamente, que algo fundamental se ha alterado en el propio tejido de la Iglesia.

DUDAS DOCTRINALES

Uno de los indicios más serios de esta crisis se sitúa a nivel del contenido de la fe. Hay católicos, por ejemplo —incluso en Francia, donde la Iglesia vive todavía días relativamente tranquilos—, que se manifiestan escépticos ante puntos doctrinales tales como la virginidad de María, los milagros, la Resurrección, la Ascensión, el infierno, los ángeles, el más allá, la supervivencia personal del alma. La propia naturaleza de la Iglesia está sometida a revisión, así como la infalibilidad pontificia.

Jacques Maritain tiene razón al afirmar que, comparada con lo que ocurre hoy en la Iglesia, la crisis modernista de antaño parece algo así como un resfriado. En relación con el estructuralismo, el existencialismo, tan apostrofado antes en los medios tradicionales, casi parece una filosofía tranquilizadora. Se están abandonando discretamente determinadas interpretaciones literales del dogma.

Estas dudas de orden doctrinal, que tienen su raíz en el resquebrajamiento de una filosofía de tipo aristotélico durante mucho tiempo exaltada por la Iglesia, son graves. Afectan a la fe en su raíz, ya que la Iglesia ha enseñado siempre que creer es un acto de la inteligencia que toma como punto de arranque las

→

LA CRISIS DE LA IGLESIA

verdades de orden natural y que no es posible recusar la enseñanza secular del magisterio sin caer en la herejía.

Impugnada en las profundidades de su tradición, la Iglesia católica se halla en una posición incómoda. Aunque a ciertos altos niveles se dude en reconocerlo, están desapareciendo cierta forma de Iglesia y cierta concepción de la religión. En el fondo, esta crisis es la prolongación de la del siglo XIX, frenada momentáneamente por Pío X apelando a su autoridad. Todo el mundo se da cuenta de que actualmente no bastaría un acto del magisterio para enderezar la situación. La cuestión que se plantea es la de saber qué forma exacta adquirirá en la Iglesia de mañana la expresión renovada del mismo Evangelio. Para el no-creyente, se ha entrado en una era «post-cristiana», y piensa que, después de Dios, son las Iglesias las que van a «morir». Los creyentes, por el contrario, estiman que al período actual le sucederá un resurgimiento —cuyas líneas fundamentales ven ya dibujarse— y que, como tantas otras veces a lo largo de la Historia, la Iglesia superará una vez más sus dificultades internas y externas.

EL CONCILIO: UNA «AVENTURA» NECESARIA

«Es injusto e incluso estúpido —ha escrito el padre Congar— atribuir al Concilio las dificultades que sufrimos hoy con inquietud y con pena, incluso en el terreno de la fe». Efectivamente, esta es la tentación a la que sucumben a menudo muchos tradicionalistas. Ante la ola impugnadora y las resonantes defecciones, arremeten contra el Vaticano II, responsable a sus ojos de todos los males actuales. No hay duda de que el Concilio ha contribuido seriamente a resquebrajar la aparente cohesión de la Iglesia, a causa tanto de lo que en él se dijo cuanto del contenido de sus conclusiones. El Concilio sacó a la luz pública las tensiones y los defectos ocultos. En este sentido, el Vaticano II sanеó, por decirlo así, la situación.

Nos alegremos de ello o lo deploremos, resulta difícil negar que si Juan XXIII, siguiendo el ejemplo de Pío XII —que renunció a convocar un Concilio—, hubiese cedido a un reflejo de temor ante las posibles consecuencias de una asamblea de este tipo, un número cada vez más importante de cristianos convencidos hubieran desesperado de la «juventud» de su Iglesia. Si la palabra «aggiornamento» ha tenido éxito es porque expresaba una necesidad real, profunda, inextirpable. Por supuesto, un Concilio es siempre una aventura, pero la ausencia de Concilio hubiera podido llevar a una catástrofe, a lèvantar acta de la impotencia de la Iglesia. Tres años después de la terminación del Vaticano II se ve mejor que nunca que el Concilio no fue, como se ha dicho, un «paréntesis», sino, por el contrario, el comienzo de una nueva era.

Las conferencias episcopales se han desarrollado, la Curia ha sido reformada bastante profundamente; el Santo Oficio, como tal, ha muerto; empiezan a funcionar, bien que mal, estructuras diocesanas más liberales (consejos presbiteriales y a veces consejos pastorales); el sínodo episcopal ha dado sus primeros pasos; los seminarios acometen su renovación (estudios y disciplina); se prosigue la reforma litúrgica; los contactos ecuménicos han dado ya muchos frutos (levantamiento de la excomunión de la Iglesia ortodoxa, conversaciones con el arzobispo de Cantorbery, ingreso parcial en el Consejo Ecuménico de Génova); el diálogo con los no-creyentes se ha iniciado, etcétera. Resultaría interminable la enumeración de los efectos positivos del Concilio, pese a que no siempre estén a la altura de los problemas que hay que resolver. Por ahora, se trata todavía, en los puntos importantes, de buenas intenciones más que de vastas realizaciones, y resulta demasiado fácil criticar las graves lagunas, la lentitud en la aplicación de las reformas, los arrepentimientos insinceros, las estructuras que no se han visto afectadas por la renovación. De ahí las inquietudes actuales en casi todos los países católicos.

Inquieto por la amplitud de las impugnaciones, el Papa no deja de señalar desde hace muchos meses en cada ocasión los peligros del momento y de exponer los límites del «aggiornamento». Sin duda, esta fase era previsible, pero la «reacción» ha alcanzado tal vigor que se la ha podido comparar con la que conoció la Iglesia en los últimos años del pontificado de Pío XII. Siguiendo el ejemplo de un Maritain, del que está intelectualmente nutrido, Pablo VI endurece su actitud, con riesgo de que ya no le comprendan muchos de los que confiaron en él para asumir la herencia del Concilio. Las dos últimas encíclicas, sobre el celibato eclesiástico y sobre la regulación de nacimientos, así como la profesión de fe del 29 de junio de 1968, son fechas determinantes de este pontificado. Por saludables que se les considere, los «frenazos» raramente son bien acogidos. Sobre todo, hay que buscar objetivamente las razones.

UN DOLOROSO DESCUARTIZAMIENTO

A decir verdad, el Papa vive el doloroso descuartizamiento de la propia Iglesia. Los deseos expresados por los conservadores y por los progresistas aparecen como rigurosamente contradictorios. La cohesión de la Iglesia está seriamente amenazada. El cisma es ya una realidad psicológica. Desde luego, el Papa tiene conciencia de que si no suavizase las etapas del «aggiornamento», pronto se vendría abajo uno de los fundamentos del catolicismo: la unidad.

Muchos tienen la impresión de que multiplicando las advertencias y las iniciativas a contracorriente, la autoridad suprema se expone a obtener un resultado inverso del que busca: haciendo abandonar a los reformistas toda esperanza de ser oídos y comprendidos, ¿no los está empujando, a su pesar, a desolidarizarse de la comunidad eclesial?

¿Pero es esto todo? Muchos sus modos de ejercicio. Se trata también de la crisis de confianza, dentro de la Iglesia, entre la cabeza y el cuerpo. La imagen, teológicamente discutible, de una Iglesia de tipo «militar» en la que debería haber sujetos pasivos y jefes omnipotentes, continúa siendo nefasta. En el plano tan importante de la doctrina, por ejemplo, los organismos de investigación operan en orden excesivamente disperso, y es lamentable que la comisión internacional de teología de todas las tendencias, no funcione ya al lado de la Congregación para la doctrina de la fe, tal como lo había pedido el sínodo. No es fácil imaginarse cómo se puede prescindir de esta nueva estructura si se desea instaurar un verdadero diálogo. El «affaire» Schillebeeckx no hubiera alcanzado tanta amplitud si la Congregación para la doctrina de la fe se pareciera más al modelo que le proponía Pablo VI en su **motu proprio** del 6 de diciembre de 1965.

católicos tienen la impresión de que hay «trampa». Habían creído y esperado que la autoridad estaba de acuerdo sobre determinado número de objetivos conciliares y, bruscamente, se dan cuenta de que habían tomado sus deseos por realidades.

¿Dónde está la solución? ¿Quién se atrevería a decir que la conoce? El equilibrio y la evolución de toda comunidad están determinados por tensiones entre los que forman parte de ella y quieren contribuir, por medios opuestos, a su mejora. Según esta óptica, no hay que lamentar que dentro de la Iglesia tengan lugar debates amplios, que se toleren o se impulsen nuevas experiencias. La unidad no es la uniformidad, y un orden monolítico se parecería a la inercia. En definitiva, las causas del problema residen preferentemente en las diversas concepciones existentes acerca de la naturaleza y de los límites de la autoridad, así como de

¿CABE ENDEREZAR LA SITUACION?

«¿Realizará a tiempo la Iglesia su verdadera renovación? ¿Puede hacerlo aún? Si fuera una sociedad puramente humana, hubiéramos respondido que no, porque la corrupción de las ideas, de las instituciones y de la disciplina es tal que no parece posible ninguna esperanza de enderezar la situación».

El autor de estas líneas es monseñor Marcel Lefèbvre, antiguo superior general de los Padres del Espíritu Santo. ¿Conviene compartir este pesimismo? No es seguro. Las horas difíciles que vive la Iglesia hacen pensar más en una renovación que en una liquidación.

El capital humano invertido en la Iglesia (capital espiritual, intelectual o moral) es tal que el futuro remoto parece asegurado. La dificultad central que se plantea después del Concilio es la siguiente:

El genio del cristianismo —dice Fesquet— reside en su indefinida capacidad de asimilación. Si la Iglesia ha podido desafiar a los siglos es porque en el momento oportuno ha sabido «pasarse a los bárbaros», es decir, renovarse al contacto con los no-creyentes. En la foto, sacerdotes franceses.

¿Se conseguirá articular la Iglesia en tanto que jerarquía con la Iglesia en tanto que «comunión», según la pertinente definición del Vaticano II?

La institución eclesial no ha sabido extraer todavía todas las consecuencias de esta noción, que, sin embargo, es tradicional, pero totalmente olvidada, de «comunión». Según ella, la jerarquía está al servicio de aquélla, y no a la inversa. La idea de colegialidad, revalorizada por el Vaticano II, coloca sin duda al Papa ante una situación nueva y delicada, pero a los obispos también. Estos, en buena lógica, deben suscitar y acoger las iniciativas de los laicos no como un mal menor al que hay que resignarse, sino como una riqueza irreemplazable que hay que hacer fructificar. No puede haber tabiques entre los diferentes miembros de la Iglesia, «pueblo de Dios», sea cual fuere la diversidad de sus funciones y de sus responsabilidades.

A través del actual desconcierto, se percibe la ascensión en el horizonte de algunas líneas de fuerza:

1) Una doctrina en relación con la vida, con la historia pasada y por venir, y no un sistema abstracto, encorsetado en una escolástica (pese a sus errores, el «aggiornamento» doctrinal se está realizando desde la base, a falta de dirigentes que sepan emplear un lenguaje comprensible).

2) Una moral abierta, dinámica, y ya no cerrada y estática; una ética que supera las fronteras trazadas por el Antiguo Testamento sobre lo permitido y lo prohibido, que intenta acceder a la libertad evangélica fundada en la responsabilidad personal.

3) Una espiritualidad cuya fuente permanece intangible, pero cuyos efectos repercutirán en mayor grado en la transformación del mundo. A fin de cuentas, la caridad es una praxis o no es nada.

4) Una pastoral que cada vez tiene más en cuenta que la cristiandad sociológica ya no existe, y que cada vez insistirá más deliberadamente en la catequesis de adultos. Ya no se puede aspirar a lograr católicos «a parte entera» sin un largo período de aprendizaje. La Iglesia no llegará a ser «misionera», como pretende serlo, más que a ese precio. La formación de los cristianos «marginales» es mucho más importante que la de los niños y la de los practicantes regulares. Y no se sentirán a gusto respecto a la Iglesia más que en el caso de que ésta cree técnicas de «encaminamiento». Su consecución supone la existencia de hombres entregados al diálogo con los no-creyentes y los semi-creyentes, mayoritarios en la sociedad moderna.

Desde luego, se dan excesos en el prurito de novedad y de independencia que se aprecia en ciertos medios que quieren estar sistemáticamente en vanguardia. Oyéndoles, se tiene a veces la impresión de que sienten nostalgia de una especie de Santo Oficio al revés, que se encargase de perseguir la «herejía» de los conservadores. Hay cristianos «de izquierda» pasablemente sectarios y que desprecian el pasado. En el lado opuesto, los inmovilistas, que quieren a todo precio encontrar en la Historia un modelo para la construcción futura, se condenan por sí mismos a la impotencia y al despecho. Sólo absoluto, el Dios de los cristianos es la única entidad que no cambia. Negarse a modificar lo «relativo», ¿no equivale a rechazar la vida?

«PASARSE A LOS BARBAROS»

El «viejo tronco romano», como decía Teilhard de Chardin, sigue desbordante de savia. ¡Cuántas «comunidades de base» enormemente vivas hay por el mundo! Es de esperar que la anarquía, inevitable en un período de crisis y de transformación, sea transitoria. Si es cierto, como lo dice la Escritura, que «las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia», el futuro del cristianismo no es tan sombrío como querrían hacerlo creer ciertos masoquistas. Uno de los dramas de la Iglesia de hoy es que muchos hombres que ocupan puestos en ella —de edad avanzada muchas veces y nostálgicos de un pasado en el que tienen tendencia a ver un absoluto— no permiten, salvo excepciones notables, que los curas y los laicos —hombres y mujeres— más capaces y más dinámicos den de sí todo lo que pudieran dar. Sin embargo, la Iglesia sólo puede esperar hallar de nuevo eco entre la juventud y la élite intelectual en el caso de que favorezca la investigación y las experiencias pastorales originales a todos los niveles. Las parroquias, por ejemplo, deberían transformarse en comunidades más homogéneas con fundamentos sociológicos.

No es menos cierto que la civilización actual atraviesa una profunda crisis intelectual y espiritual, y que no es posible abandonar tradiciones decantadas a cambio de cualquier novedad. Pero si la Iglesia ha podido desafiar a los siglos es porque en el momento oportuno ha sabido «pasarse a los bárbaros», es decir, renovarse al contacto con los no-creyentes. El genio del cristianismo reside en su indefinida capacidad de asimilación. El ateísmo doctrinal y práctico —incluso en Rusia— no ha conseguido extirpar la necesidad religiosa. El rostro clásico de la religión ha perdido todo atractivo para las masas, pero no el mensaje evangélico que muchas veces aquélla oculta más que revela. Sin duda, es inútil esperar como antaño que un genio único realice una nueva síntesis. Esta puede ser fruto del paciente trabajo de un equipo de teóricos y de hombres de acción. La salvación de la Iglesia hay que esperarla, sobre todo, de abajo, de una suma de experiencias vividas en distintas latitudes. Es indispensable la creación de estructuras de participación. El trabajo de los organismos centrales de Roma consistirá cada vez más en coordinar las iniciativas en lugar de imponer marcos preestablecidos. Si quiere seguir siendo o convertirse en eficaz, la autoridad está obligada a cambiar de estilo. En vez de aplicarse esencialmente, como antes, a mantener y a sancionar, necesitará en mayor medida escuchar, aguijonear y canalizar.

Es indudable que la Iglesia de mañana será de tipo «conciliar», como decía recientemente el secretario general del Consejo Ecuménico de Iglesias. ¿No tiene razón el cardenal Suenens, en su última obra sobre la «Corresponsabilidad en la Iglesia de hoy», al desear «un Vaticano III» que realice lo que el Vaticano II ha apuntado? ■ **HENRI FESQUET.**

(© 1969 by Opera Mundi-"Le Monde". Derechos reservados para España: Agencia FIEL-TRIUNFO.)